

» que cuente las arenas del mar, las estrellas del cielo, las  
 » hojas y flores que brotan en la primavera. Mas yo no tengo  
 » valor, añade la desdenosa hija de los Césares, para poner la  
 » lista de los jefes; porque los nombres bárbaros de los  
 » Francos deslustrarian mi historia. » El cuartel general del  
 ejército de los cruzados estaba acampado en el magnífico  
 valle de Bouyouck-Déré, en la orilla izquierda del Bósforo, en  
 donde visita el viajero moderno con respeto un vasto plátano  
 que lleva el nombre de Godofredo de Bouillon. Las tropas  
 cubrían la llanura de Maltepe al nordeste de Constantinopla.  
 Allí se hallaba la flor de la Europa con su indómito valor y su  
 pasión de conquistas. Las tergiversaciones de Alejo Comneno,  
 sus exigencias, la duplicidad griega, irritaron más de una vez  
 el humor ardiente de los cruzados. Atravesó por el pensa-  
 miento de algunos jefes la idea de fundar en Constantinopla  
 un imperio latino que fuera baluarte de la cristiandad contra  
 los infieles; pero triunfó el espíritu de moderación, y el ejér-  
 cito tomó el camino de la Bithinia, recogiendo á su paso á  
 Pedro el Ermitaño con los restos de su desgraciada expedición.  
 Nicea, Antioquía de Pisidia son tomadas de asalto, y remitidas  
 y vueltas al poder de Alejo Comneno. El sultán Seldjucida  
 Kilidi-Arslan esperaba á los cruzados en los llanos de Dorilea  
 con trescientos mil hombres (1). Bohemundo, Tancredo, el  
 duque Roberto de Normandía, llegados los primeros, resistie-  
 ron al primero y enorme choque de este diluvio de enemigos  
 durante la mitad del día. La victoria estaba aun indecisa,  
 cuando la retaguardia, mandada por Godofredo de Bouillon,  
 se presentó con sus relucientes y vibrantes lanzas sobre las  
 alturas de Dorilea. Kilidi-Arslan fué vencido; tomó la fuga  
 dejando veinte mil muertos en el campo de batalla, el 25 de  
 junio de 1097. La victoria de Dorilea abrió á los Latinos las  
 puertas del Oriente. Se tomó á Edesa, Balduino de Flandes  
 fué proclamado rey, y un caballero francés reinó de este modo  
 en las más ricas provincias del antiguo reino de Asiria. Des-

(1) Varios autores ponen 400,000, y alguno hasta 450,000. (El Traductor.)

pues de un sitio de ocho meses, los cruzados entran en la opu-  
 lenta ciudad de Antioquía, descubren en ella milagrosamente  
 la santa lanza con que fué atravesado el corazón de Jesucristo  
 en la cruz. Esta preciosa reliquia es llevada desde entonces al  
 frente de los batallones y es nueva prenda de victorias. Sin  
 embargo afligió á los cruzados un triste acontecimiento: la  
 peste se llevó al santo obispo del Puy, Adhemar de Monteil,  
 legado del papa. Al participar esta pérdida á Urbano II, le  
 dicen los cruzados: « El nombre de cristiano principió en  
 » Antioquía; allí estableció desde luego san Pedro la Sede apos-  
 » tólica. Vos que sois el vicario de san Pedro, venid á sen-  
 » taros en su silla, y combatid pacíficamente; porque hemos  
 » vencido á los Turcos y paganos; mas no hemos podido traer  
 » á la unidad ni Griegos, ni Armenios, ni Siríacos ni Jacobitas.  
 » Esto nos estimula á suplicaros vengais á poneros á nuestra  
 » cabeza. Hallaréis en nosotros hijos dóciles y sumisos: ten-  
 » dréis la gloria de extinguir las herejías y reunir al mundo  
 » entero bajo vuestra obediencia. » Bohemundo de Tarento  
 fué proclamado rey de la nueva conquista, y los cruzados pro-  
 siguieron su marcha á Jerusalem. El ejército, disminuido por  
 las fuertes guarniciones dejadas en Edesa, Antioquía y demás  
 ciudades y puntos principales conquistados, agotado además  
 por las batallas, por las deserciones, por el hambre, privacio-  
 nes y cansancio, por las enfermedades y pestes, quedó  
 reducido á cincuenta mil hombres; pero eran la flor de los  
 guerreros cristianos: tenían á su frente Godofredo de Bouillon  
 é iban á la conquista de Jerusalem.

13. Cuando hubieron subido la última montaña que los  
 separaba de la ciudad santa, los primeros que pudieron divisar  
 sus muros exclamaron con transporte: « ¡ Jerusalem! Jeru-  
 » salen! » Este nombre sagrado voló de fila en fila y resonó  
 hasta en los valles donde se hallaba la retaguardia. Todo el  
 ejército se postró en tierra, y besó el suelo bendito por las  
 plantas del Salvador, y aquellos hombres de guerra, acrisola-  
 dos en tantos combates, lloraban de ternura y santa melanco-  
 lía. « O buen Jesús, dice Roberto el Monje, testigo ocular,

» cuando vuestros guerreros vieron los muros de aquella  
 » Jerusalem terrestre, ¡cuántas lágrimas bajaban de sus me-  
 » jillas! Inclinaron sus frentes en el polvo donde habiais im-  
 » preso vuestros pasos. Luego, levantándose todos, repitieron :  
 » ¡Dios lo manda! Dios lo quiere! y renovaron el juramento  
 » tantas veces hecho de libertar á Jerusalem. » El ejército se  
 » avanzó á pié descalzo hasta los muros de Sion, cantando  
 » aquellas palabras de Isaías : *Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi.* —  
 Fué investida la plaza. Una llanura alta cubierta de olivos se  
 extiende del lado del Septentrion. Godofredo de Bouillon,  
 Roberto de Normandía, Roberto de Flandes, pusieron sus  
 tiendas en medio de estas navas. Su campo ocupaba todo el  
 espacio entre la *Gruta de Jeremías* y los *Sepulcros de los reyes*.  
 Tancredo plantó sus pabellones á la derecha de Godofredo y de  
 los dos Robertos. Despues del campo de Tancredo seguia el  
 de Raimundo, conde de Tolosa, enfrente de la puerta de  
 Poniente. Esta situacion apenas le permitia tomar parte  
 activa en el sitio, y transportó parte de su campo al lado  
 meridional de la ciudad en el monte Sion. Las disposiciones  
 militares de los cristianos dejaban libres los lados de la  
 ciudad, defendidos al mediodía por el valle de Gihon ó Siloé,  
 y al oriente por el valle de Josafat. La ciudad santa no fué  
 cercada sino á medias por los peregrinos; solamente se habia  
 acantonado en el monte Olivete un gran campo de vigilancia.  
 Jerusalem estaba defendida por una guarnicion de cuarenta  
 mil Egipcios, y veinte mil hombres de la ciudad que habian  
 tomado las armas; por consiguiente los sitiadores eran  
 menos numerosos que los sitiados. Y además aquellos carecian  
 de máquinas de guerra para escalar los muros; ni podian  
 esperar reducir por hambre á una ciudad que tenian que  
 dejar abierta por dos lados hácia una campiña fértil. Además,  
 los ardores excesivos del estío habian comenzado precisamente  
 á tiempo en que los cruzados se acamparon ante Jerusalem.  
 El torrente de Cedron estaba seco, y estaban ó ciegas ó  
 envenenadas todas las cisternas del contorno. La fuente de  
 Siloé, que manaba por

intérvalos, no podia bastar á la muchedumbre de peregrinos,  
 y en un clima de fuego, en medio de unas llanuras abrasadas,  
 el ejército cristiano se vió muy presto en el mayor agobio por  
 la sed horrible que le devoraba. Se desalentaron pues los  
 cruzados. Los mas fervorosos no esperaban sino la muerte,  
 se acercaban á los muros de Jerusalem, besaban con respeto  
 sus piedras y decian llorando : « ¡O Jerusalem! recibe nuestro  
 » último suspiro! Caigan tus muros sobre nosotros, y que el  
 » polvo santo que te rodea cubra nuestros huesos! » Pero la  
 llegada inopinada al puesto de Joppe de una flota genovesa,  
 cargada de municiones y de víveres de toda especie, reanimó  
 los ánimos abatidos. Ingenieros y carpinteros, bajo la  
 direccion del muy hábil Gaston de Bearn, construyeron con  
 la madera del bosque de los Olivos máquinas de guerra,  
 torres ambulantes sobre ruedas, altas algo mas que los muros  
 y provistas de puentes levadizos que se abajaban á voluntad  
 sobre las murallas. Cuando todo estuvo pronto, se señaló para  
 el asalto general el 14 de julio de 1099. Desde el alba del  
 dia, todo se pone en movimiento, hombres y máquinas. Las  
 torres rodadizas se acercan á los muros. Godofredo, acompañado  
 de su hermano Eustaquio, aparece sobre la plataforma de la  
 suya, animando á los suyos con su ejemplo. « Cada venablo que  
 » zaba, dicen los cronistas del tiempo, llevaba la muerte á las  
 » filas enemigas. » Raimundo, Tancredo, los dos Robertos,  
 combatian igualmente en medio de sus soldados: todos se  
 hallaban animados de igual ardor, todos se abrasaban en  
 deseos de plantar la cruz sobre las murallas de Jerusalem.  
 El asalto duró doce horas enteras, y la noche separó á los  
 combatientes. El dia siguiente, iguales combates, peligros  
 iguales. Los cristianos exasperados por la resistencia  
 combatian con furor. Los Musulmanes desde lo alto de sus  
 torreones y murallas lanzaban contra los sitiadores hachas  
 incendiarias y ollas de fuego greguisco. Montado en su  
 fortaleza rodadiza, que se distinguia por una gran cruz  
 enarbolada en la cima, Godofredo de Bouillon confundia  
 y destrozaba los batallones enemigos con la incesante  
 actividad de sus ataques. A vista de la cruz que

parecía desafiarnos, los Musulmanes reunieron todos sus esfuerzos contra el duque de Lorena, y asestaron contra su fortaleza ambulante todos los tiros y proyectiles inflamables que vomitaban sus terribles máquinas. Intrépido y sereno en medio del peligro, rodeado de muertos y de moribundos, habiendo visto caer á sus piés al escudero y soldados que le rodeaban, el héroe continuaba dando órdenes, y animando á los suyos con la voz, gestos y ejemplo. Sin embargo los cristianos eran rechazados: el fuego greguisco incendiaba las máquinas de guerra, y sus llamas se apegaban á los guerreros cubiertos de hierro, y aun devoraban hasta las corazas y broqueles. Eran las tres de la tarde: momento solemne en que el Salvador del mundo exhalaba el último suspiro en la cruz. De repente se esparce en todo el ejército el rumor de que el santo obispo Adhemar y muchos cruzados, muertos en el sitio, acaban de aparecerse al frente de los cristianos enarbolando el estandarte de la cruz sobre las torres de Jerusalem: corre tambien de voz en voz que san Jorge combate visiblemente con los soldados de Cristo. Los cruzados, animados de nuevo ardor, vuelven intrépidos á la carga. La torre de Godofredo de Bouillon se avanza majestuosa é impávida en medio de una nube de piedras, dardos, fuego greguisco, y al fin deja caer su puente levadizo en la muralla. Los cristianos lanzan al mismo tiempo dardos inflamables é incendiarios contra las máquinas de los Moros, contra las sacas de paja, contra los bultos de lana que recubrian las últimas defensas de la ciudad. Un fuerte viento que se levanta enciende las llamas y las echa contra los infieles. Envueltos entre espesos torbellinos de humo y fuego, retroceden al aspecto de las lanzas y espadas de los cruzados. Godofredo, precedido de los dos hermanos Lethaldo y Engelberto de Tournay, y seguido de Balduino del Bourgo, y de su hermano Eustaquio, rompe las filas del enemigo, les persigue y logra entrar, batiéndolos, en Jerusalem. Se echa abajo á hachazos la puerta de San Estéban, la ciudad santa es libertada y por todo el ejército resuena el grito de victoria: *Dios lo quiere! Dios lo quiere!* — Los cruzados reunidos, cada

uno de su punto, en el centro de Jerusalem, se abrazan llorando de alegría. Se persigue á los Musulmanes refugiados en la mezquita de Omar, sobre el recinto del templo. « En el » templo y bajo el pórtico de la mezquita, dice Raimundo de » Agiles, testigo ocular, la sangre corria hasta la altura de las » rodillas, hasta el freno de los caballos. » Sin embargo el piadoso Godofredo se habia abstenido de la matanza desde que habia puesto el pié en Jerusalem. Dejó á sus compañeros, y acompañado de tres criados, se fué desarmado y descalzo á la iglesia del Santo Sepulcro. Se esparce por todo el ejército la noticia de este acto de devocion, y al momento se calman y cesan todas las venganzas, todo furor; los cruzados se quitan su ropaje ensangrentado, sus sollozos resuenan por toda Jerusalem, y conducidos por Pedro el Ermitaño, marchan juntos todos, descalzos y con la cabeza descubierta, hácia la iglesia de la Resurreccion. Habia cesado el bullicio del combate, y un misterioso silencio reinaba por todas las calles, plazas y fortalezas: ya no se oian en la ciudad santa sino los cánticos de penitencia y aquellas palabras de Isaías: *Lætamini cum Jerusalem, et exultate in ea omnes qui diligitis eam: gaudete cum ea gaudio universi, qui lugetis super eam* (Is. 66, v. 10). Los valientes que habian entrado en Jerusalem como soldados, se convierten en peregrinos. La vera Cruz, robada en otro tiempo por Chosroes y traída á Jerusalem por Heraclio, fué expuesta á la vista y veneracion de todos. Todos quedaron á su vista llenos de santa veneracion y ternura, fué llevada en triunfo por las calles de Jerusalem y vuelta á colocar solemnemente en la iglesia de la Resurreccion. Diez dias despues, Godofredo de Bouillon fué elegido unánimemente por todo el ejército rey de Jerusalem. Los cruzados le condujeron con pompa á la iglesia del Santo Sepulcro, donde juró respetar las leyes del honor y de la justicia. Se le quiso poner la diadema y las insignias reales. « No, jamás, dijo el héroe cristiano, llevaré corona de oro en una ciudad donde el Salvador » llevó corona de espinas. » Se contentó con el modesto título de *baron del Santo Sepulcro*. Se organizó la conquista: se fun-

daron los condados de Tiberiades, Trípoli, Galilea, Joppe, Tiro, Cesarea, Beyrouth y Heraclea. La legislación conocida bajo el nombre de *Estrados de Jerusalem* regularizó el sistema administrativo del nuevo reino cristiano, modelándole sobre el régimen feudal de las naciones europeas.

14. La noticia del éxito admirable de la primera cruzada causó inmenso júbilo en toda la cristiandad; y llegó á Europa algunos días despues de la muerte de Urbano II, acaecida en 29 de julio de 1099, no habiendo podido ver en sus días realizado el deseo mas ardiente de su corazón. El piadoso pontífice habia celebrado últimamente dos concilios: el de Bari, año 1097, donde san Anselmo sostuvo tan elocuentemente la procesion del Espíritu Santo, contra los diputados griegos de Alejo Comneno; y el de Roma, en 1098, donde fueron confirmados los decretos de Clermont. El santo arzobispo de Cantorbery habia hallado en Roma una hospitalidad digna de su mérito y virtudes. Urbano II habia querido que fuese alojado en el palacio pontifical, y se proponia ser mediador entre san Anselmo y el rey de Inglaterra, pero la muerte no le dió lugar. Urbano II fué un papa ilustre. Realizando por medio de las cruzadas el mayor designio de Gregorio VII, se adquirió inmortal gloria para la posteridad. [Las cruzadas no solo tenian un objeto eminentemente religioso, sino eminentemente social; porque se trataba de poner diques al elemento brutal, sensualista y enemigo de toda civilización, cual era el islamismo.] Fundáronse en esta misma época retiros seguros para toda alma agitada por los vaivenes del siglo y de las pasiones. San Roberto, abad de Morimundo, fundó la orden del Cister con veintiocho religiosos, con la observancia primitiva de la regla de san Benito. El beato Alberico, su sucesor, completó la obra con sabios reglamentos. Los religiosos del Cister tenían hábitos *blancos*, á diferencia de los de Cluny, que los tenían *negros*, de donde les vinieron sus denominaciones respectivas de *monjes blancos*, *monjes negros*. El beato Roberto de Arbrissel fundó tambien dos grandes monasterios en Fontevrault, uno de hombres, otro de mujeres; pero con la particularidad

de que á la muerte del beato Roberto, su fundador, ambos monasterios eran dirigidos por una sola abadesa.

§ II. PONTIFICADO DE PASCUAL II (13 de agosto de 1099-18 de enero de 1118.)

15. Comenzó el papa Pascual II su pontificado en el siglo XII, en medio de las disensiones promovidas por las investiduras entre el sacerdocio y el imperio. El antipapa Guiberto, reducido á muy pocos adictos, continuaba su cisma en Albano. Despues de la eleccion de Pascual II, se vió arrojado de este asilo y murió fugitivo y abandonado, el año 1100, en Citta di Castello, despues de veintitres años de rebelion. La muerte de Guiberto no volvió la paz á la Iglesia inmediatamente: los cismáticos le dieron por sucesor á Alberto, que cayó en manos de los católicos el mismo día de su eleccion, y fué encerrado en la fortaleza de San Lorenzo. Igual suerte cupo á Teodorico, nombrado despues de él; sirvióle de cárcel el monasterio de Lara. Los enriquianos eligieron en su lugar á un clérigo llamado Maginulfo, que tomó al nombre de Silvestre IV. Echado vergonzosamente de Roma, murió miserablemente en el destierro.

16. Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, murió en este tiempo, sin hijos, de un flechazo que por imprudencia y error recibió en una caza en Winchester. Por derecho legítimo de sucesion, el trono vacante pertenecia á su hermano Roberto, duque de Normandía; pero Roberto habia partido para la cruzada. Enrique, el menor de los hijos del conquistador, se aprovechó de esta circunstancia para heredar de su hermano mayor, y logró asegurar en sus sienes la corona de Inglaterra. Sus primeros actos dieron grandes esperanzas á los católicos: llamó á san Anselmo, prometió seguir sus consejos, y con su parecer se casó con Matilde, hija de santa Margarita y de san Macolmo, reyes de Escocia. Volvió á la Iglesia sus antiguas inmunidades y prometió no vender los beneficios vacantes. Pero esta conducta solo era de hábil político. El intento de Enrique era tener el voto de san Anselmo para consolidar su nueva autoridad; mas cuando se creyó bastante fuerte, le in-